

**SEGUNDO PREMIO DEL XI CERTAMEN LITERARIO DE RELATO BREVE
ALFONSO MARTÍNEZ-MENA 2011 DE ALHAMA DE MURCIA**

**AUTOR: JOSÉ CARLOS GARCÍA DE LA GALANA SÁNCHEZ-CAMACHO de
Ciudad Real**

TÍTULO: MÍRAMÉ

SEUDÓNIMO: Philidor

Te confieso que no me vuelve loco este sitio, creo que estoy demás aquí. Lo encuentro demasiado bullicioso para mi gusto, y tengo la sensación de que nada de todo esto ha sido concebido pensando en mí. Estoy seguro de que a ti te ocurriría lo mismo. Y, aunque me agrada el ir y venir de toda esta gente cargada de bolsas y carritos, el estruendo de la megafonía, que advierte de todas las ofertas que están a punto de agotarse y despliega una música incomprensible, no deja de aturdirme. Me fijo en las caras y en los gestos, e imagino que tipo de personas son o qué sienten. No tengo nada mejor que hacer mientras espero.

Algunos rostros son adustos y esquivos, inexpugnables, casi no se dejan mirar, puede que reflejen ese punto de congoja del gasto inesperado, un desembolso imprevisto que les hará interminable el fin de mes. Otros, por el contrario, parecen radiantes de satisfacción, incluso pagados de sí mismos, como si lo que acaban de comprar los afianzara un poco más en su felicidad. Hay de todo.

También suelo matar el tiempo, en ocasiones como esta, contando las veces que me mira la gente. Es una distracción bastante absurda, lo reconozco, y normalmente no da mucho de sí. Me saco la libretilla del bolsillo, extraigo el lapicerito de la espiral y comienzo a contabilizar las miradas. Hace unos momentos he estado contando durante una hora, más o menos, y lo he dejado porque me estaba aburriendo de lo lindo; sólo he registrado tres palitos. Es normal; pocos son los que pierden el tiempo mirando a un viejo sentado en la zona de descanso de un centro comercial.

El primer palito corresponde a un niño de unos cuatro años que estaba correteando por aquí. Llevaba un pantaloncito corto y una camiseta estampada con figuras de superhéroes. Se detuvo frente a mí y se me quedó mirando fijamente, sin pestañear.

-*Tenes* la cara llena de *adugas*- me explicó con su media lengua.

-Es que soy muy viejo.

-¿Cuántos años *tenes*?

-Muchísimos, ¿y tú?

No le dio tiempo a responderme; aún se estaba contando los deditos de la mano cuando, procedente de una tienda de ropa femenina, llegó su madre hecha un torbellino de bolsas y sofocos, reprendió al pequeño y luego me miró con dureza, como si fuera yo el causante de su sobresalto. Y hecha un torbellino se llevó al niño casi a rastras. Entonces he anotado el segundo palito. El tercero se lo debo a una señorita muy atractiva que ha cruzado, poco después, por delante de mis narices. No he podido resistir la tentación de observarla descaradamente; la elegancia de su caminar, sus curvas turgentes y generosas, la gracia de sus gestos hablando por el teléfono móvil que llevaba pegado a la oreja. Alertada por el minucioso escrutinio al que la estaba sometiendo, la joven me ha devuelto la mirada glacial y desdeñosa que merece un octogenario lascivo como he debido parecerle yo, aunque también brillaba en sus ojos cierto aire de vanidad. Te pido disculpas, pero la muchacha era una auténtica belleza, de verdad, y me ha recordado mucho a ti. Tú me conoces muy bien y sabes que nunca fui disoluto en exceso ni deshonesto.

Al cabo de un rato he vuelto a guardarme la libretilla en el bolsillo y, mientras me preguntaba cuánto tiempo se necesita para comprar un bañador, me ha vencido la modorra y quizás he descabezado un sueño.

He vuelto a ver a mi madre llevándose las manos a la boca para ahogar un grito, y la jarra del agua hecha añicos entre sus pies empapados. Fue la impresión que le causó mi padre, a quien todos daban por muerto, cuando entró en casa con una muleta, el petate al hombro y un brazo en cabestrillo. Ya te lo he contado muchas veces. A ti también te he visto, de la misma manera que siempre te he recordado: una mujer joven, hermosa y sonriente metida hasta las rodillas en el río, pronunciando mi nombre, llamándome con la frescura de sus diecisiete años; yo te contemplo desde la orilla, a la sombra de un chaparro, tu risa es tan cristalina como el agua que te salpica el vestido remangado. Igualmente he visto al chiquillo, que sentado en el portal de nuestra casa, observa el mundo a través de una canica; en cuanto me ve, sale corriendo a mi encuentro; los bolsillos de su pantalón corto van cargados de tesoros, que tintinean a cada zancada: canicas, chapas, cromos. Después, ese enorme automóvil negro cargado de flores lo ha oscurecido todo, y he abierto los ojos.

Me ha llevado unos instantes ubicarme, reconocer el lugar donde me encuentro, hasta que la estridencia de los altavoces vuelve a colocarme en el banco que llevo ocupando media tarde. Hay un guarda jurado dando

paseos por la galería, va impecablemente uniformado: pantalón azul marino y una camisa celeste de manga corta, en la que destacan algunas insignias y placas; si llevara una gorra de plato, parecería un general. Cuando, en una de sus rondas, lo veo alejarse, vuelvo a sacar la libreta del bolsillo y anoto, antes de que se me olvide, un palito más. Y van cuatro.

Desde mi banco veo el exterior, que se cuele luminoso por las puertas automáticas de cristal y por las enormes vidrieras que componen la arquitectura de este edificio. Queda al alcance de mi vista parte del aparcamiento, en donde decenas de automóviles soportan con estoicismo la sofocante caricia del sol de agosto, y parte de la avenida, frecuentada por viandantes que buscan la sombra como el ciego la luz. Vuelvo a fijarme en el perro que ya vi antes, una de esas mascotas de lana que apenas levantan un palmo del suelo. Observo su trotecillo gracioso entre los coches estacionados, olisqueando cada centímetro de asfalto, siguiendo, probablemente, el rastro familiar de algún vehículo que se ha marchado ya. Se acerca ahora a la puerta del centro comercial, sin atreverse a cruzarla, oteando el interior a través de los cristales. Durante un momento se cruzan nuestras miradas; en sus ojillos oscuros y brillantes hay una tristeza infinita. Enseguida se marcha rumbo a la avenida, saliendo de mi corto campo de visión, y cuando, con esa solidaridad que nos hermana a todos los desvalidos, le deseo buena fortuna, me llega el lejano chirrido de unos neumáticos patinando sobre el asfalto caliente.

Esta mañana me ha despertado el griterío de los chicos. Desde hace algún tiempo soy el último en despertar, cuando siempre ha sido al contrario, prueba irrefutable de que me estoy aproximando al sueño definitivo, ese que tú habitas y que yo tanto ansío. Estaban muy alterados, ya sabes cómo son los niños cuando se entusiasman con algo, puro nervio. El menor de nuestros nietos ha irrumpido en mi cuarto gritando enloquecido, como un pequeño tornado. “¡Abuelo, abuelo!” ¡Que nos vamos de vacaciones!” Yo, en las antípodas de su frenesí, he tenido una sensación aciaga, un grumo de desazón varado en la boca del estómago, pero le he acariciado el pelo enmarañado y le he dicho, obligándome a sonreír, que sí, que qué bárbaro lo vamos a pasar en la playa. Después ha echado a correr por el pasillo llamando a gritos su madre.

No es mala, mi nuera, sólo que está sometida a mucha presión y con frecuencia pierde un poco los estribos; pero no es mala. Cierto es que tiene un carácter complicado, ya la conoces, y la mayor parte del tiempo hay que andar de puntillas a su alrededor, pero también lo es que está obligada a hacer filigranas para administrar su casa, con un marido, tres diablillos, ella misma y, de regalo, el estorbo del abuelo. Más aún desde

que a nuestro hijo le recortaron hace unos meses la jornada en la fábrica, pues, aunque yo les entrego religiosamente mi paga íntegra, que algo ayudará, siempre van apurados de dinero y viven con el ojo puesto en el calendario, tachando los días que faltan para que la nómina les conceda una bocanada de oxígeno más. Por eso es especialmente meritorio el esfuerzo que están haciendo este año para disfrutar, por fin, de unos cuantos días de vacaciones, pensando, sobre todo, en los chicos, para que en septiembre también ellos tengan algo que contar. Ahora se le da mucha importancia a estas cosas; es crucial que los niños tengan de todo, igualarlos, como poco, a sus amigos y compañeros de colegio, para que crezcan sin traumas ni complejos de inferioridad. En nuestro tiempo no sabíamos qué era un trauma, lo que sí conocíamos de memoria era el rostro del hambre, e imaginábamos constantemente qué sensación debía producir el tener la tripa llena. Pero de traumas, ni idea. Nuestra época fue dura de una manera más elemental, casi salvaje, lo que no quiere decir que ahora la vida sea como pasear por el campo recogiendo flores silvestres, ni mucho menos; hay que luchar en muchos frentes, defender demasiadas cosas o dejarse la piel conquistándolas, en especial las innecesarias, que parecen ser las más imprescindibles. Todo es complicado y frágil y puede desmoronarse en cualquier momento. No como antes, que ya estaba desmoronado de antemano.

Ni un solo instante de calma hemos tenido esta mañana en casa, te lo aseguro. Los últimos preparativos para el viaje, las maletas que no cierran, los bultos acumulándose en el pasillo, el “¿dónde está *esto*?” y el “no te olvides de *aquello*”. He preguntado si podía ayudar en algo, y mi nuera, sin molestarse en mirarme, me ha respondido que sí, que la mejor ayuda que puedo prestarles es quitándome de en medio y no molestando. Nuestro hijo, atribulado, ha bajado la vista al suelo y ha permanecido en silencio, y me he preguntado qué fue de aquel chiquillo que observaba el mundo a través de una canica y corría a abrazarme cuando me veía regresar del taller, ese niño afectuoso para quien yo era poco menos que un héroe forzado y valiente. Luego los he visto hablando a media voz, supongo que estaban repasando una vez más los últimos detalles del programa que han ideado para movilizar a la familia de la mejor manera posible. Como te puedes imaginar, yo no tengo ni voz ni voto en tales asuntos, pero sé que, además de asumiendo mi papel de hombre invisible, puedo ayudarlos de otra manera, y hoy me he decidido, por fin, a hacerlo.

Se trata de algo en lo que tú y yo tenemos mucho que ver, el exiguo tesoro de tus joyas: el collar, un par de anillos, la pulserita, los pendientes y la medalla de la madre que apenas tuviste tiempo de lucir, porque te marchaste muy pronto. Creo que, en otras culturas, lo propio habría sido

que te las hubieras llevado puestas, pero yo preferí conservarlas, pues tú estás en ellas y en ellas permanecen custodiados los mejores capítulos de nuestra historia. Nuestro hijo, en momentos de especial dificultad y subyugado, sin duda, por poderosas influencias, me las reclama con machaconería, pero yo, como el viejo egoísta y testarudo que puedo llegar a ser, me he negado a desprenderme de ellas con el mismo ímpetu de quien defiende su vida. Ahora ya no tengo casi nada que defender, y además presiento que muy pronto estaremos juntos para siempre, de manera que considero este momento como el más apropiado para confiárselas y dejar que haga con ellas lo que le parezca. No tengo que esforzarme demasiado en imaginarlas convertidas, quizás, en los regalos de las próxima Navidad, después de haberlas pasado por una casa de empeños.

El almuerzo ha sido más informal que de costumbre, a base de fiambre y frutas, para no tener que fregar platos al acabar y ponernos en carretera cuando antes. Mi nuera nos ha advertido a todos que antes de emprender el viaje debíamos pasar por aquí, por el centro comercial, para comprarle un bañador al mayor, porque el del año pasado, al parecer se le ha quedado un poco estrecho y no ha tenido tiempo de comprarle otro antes. Ya sabes lo que ocurre con los niños a estas edades: no paran de crecer.

Estoy cansado de este sitio y no me encaja esta tardanza, no la entiendo. Puede que se hayan entretenido con algunas compras de última hora, o que la fila en las cajas sea interminable, o ambas cosas, yo qué sé, el caso es que estoy empezando a sentirme realmente incómodo aquí. Es en ocasiones como ésta cuando más deseo estar junto a ti, allá donde estés.

Siempre me ha dado miedo la muerte, no me importa reconocerlo, y más aún temo la manera en que sea reclamado por ella. Me aterra el dolor, y aunque el calvario de mis huesos es un fiel compañero, no llego a acostumbrarme del todo a él, siempre convencido de que irá a peor. El temor al sufrimiento se apoderó de mí cuando era niño, escuchando a escondidas las truculentas historias que mi padre contaba sobre la guerra, en especial, aquella del soldado sin cabeza, aunque su protagonista, sin embargo, puede que ni llegara a enterarse de lo que le ocurrió.

Los restos del regimiento de mi padre permanecían agazapados en la trinchera, soportando a duras penas el persistente castigo de los cañones enemigos. Los artilleros conocían bien su oficio, pues cada nueva andanada de obuses era disparada con más precisión que la anterior, causando cada vez mayores estragos en la atemorizada tropa. Sólo cabía esperar el disparo definitivo o echar a correr. Cuando escuchó aquel silbido tan nítido, que anunciaba el inminente estallido del proyectil que parecía llevar su nombre

y el de sus compañeros más cercanos, mi padre optó por la segunda posibilidad y salió gritando de aquella tumba: “¡Corred, corred, no seáis imbéciles!” Y muchos lo imitaron. A la mayoría la explosión los sorprendió dentro del foso, a algunos intentando salir de él y a otro en plena huida. Hubo para todos. La metralla hirió a mi padre en las piernas y en un brazo. Mientras caía, pasó a su lado un miliciano decapitado que corría como un demonio; unos metros después aquel tronco renegrido y humeante se detuvo, cayó de rodillas y acabó desplomándose como un árbol talado, sin posibilidad de retoñar. Recuerdo cómo mi padre se recreaba describiendo los detalles de la horrenda escena, el olor a carne quemada, el humo prendido en los andrajos de aquel cadáver veloz, los espasmos en sus extremidades.

Tuve pesadillas durante años. Pesadillas sobre las que se cimentó este miedo irrefrenable al dolor y a la muerte que me ha acompañado durante toda la vida, consolidándose después con la sucesiva desaparición de mis contemporáneos. Has que te llegó el turno a ti, tan pronto, y aquel condenado cáncer te arrancó de mí. Fue como si la vida me hubiera traicionado. Desde entonces, aunque el dolor me sigue pareciendo una cruel certeza, la Muerte ha ido desvelándome su rostro, y no es tan atroz como siempre lo había imaginado. Ahora, máxime en momentos como éste, me parece un cálido refugio en el que descansar los huesos, el único lugar que verdaderamente me corresponde, ese sueño definitivo que tú habitas y yo tanto ansío.

Antes de marcharnos, cuando ya todo estaba dispuesto y los chicos, incluso, habían llamado al ascensor, me he encerrado en el cuarto de baño y he depositado tu cofrecito de madera en el estante del armario en el que nuestro hijo guarda los útiles para afeitarse. Cuando regresemos de este viaje y lo encuentre allí, se sorprenderá por el hallazgo, se sentirá agradecido y aliviado de la carga que el gasto extra de las vacaciones le habrá ocasionado. Mi nuera no ha podido reprimirse y me ha reñido por la tardanza. Me he defendido diciéndole que me parecía mejor utilizar el aseo en casa, que resultar después un incordio en mitad del viaje. He debido estar convincente, porque ha bajado la vista al suelo y no me ha replicado.

Tampoco lo hace el guarda jurado que se pasea por esta zona mirándome de reojo, pero éstas son miradas que ya no me apetece anotar en la libreta. En un momento dado se acerca, se detiene frente a mí y me pregunta si me encuentro bien, si todo está en orden. Yo le digo que sí, que estoy esperando a mis hijos, que están haciendo unas compras y que ya no pueden tardar mucho en venir a buscarme. Más o menos satisfecho con lo que le digo, el individuo continúa con su ronda y me deja en paz. Puesto

que no es más que otro extraño, nada le he dicho de mi soledad, de mi esqueleto dolorido ni de lo cansado que estoy de esta absurda espera, y menos aún le hablaría de la monstruosa sospecha que desde hace un rato me ensombrece el pensamiento; el sólo hecho de plantearme semejante posibilidad me convierte en acreedor a su infamia, me avergüenza y me hace sentir indigno de quienes me soportan día tras día, de mis seres queridos.

No me avergüenza tanto, sin embargo, otra idea que a veces me asalta en mis peores momentos, y este lleva horas siendo uno de ellos. Pero soy demasiado cobarde para llevarla a cabo; me sobra tiempo y me falta sangre fría, y sigo adelante inútilmente, como aquel cadáver decapitado que huía sin saber que ya estaba muerto. No es la voz de mi conciencia, sino el temor a fracasar en el intento, a acabar aún en peores condiciones de las que estoy, lo que me mantiene anclado a la vida, impidiéndome remontar el vuelo hacia ese lugar apetecible en el que desde hace años sé que tú me estás esperando.

Y aquí estoy, esperando que algo ocurra, que acabe de algún modo esta monótona tarde, ya en su ocaso, y esta monótona existencia de viejo, negándome a aceptar la evidencia que me revela la voz metálica que ahora se emite por megafonía para despedir a los últimos visitantes del centro, a los clientes rezagados de las pocas tiendas de la galería comercial que aún no han echado el cierre a sus puertas. Es por esto que me sorprende ver de nuevo al guarda jurado avanzando hacia mí con paso firme y enérgico, casi marcial, y con un gesto dibujado en el semblante, mezcla de fastidio y conmiseración, que parece querer decir “tenemos un problema”. Quizás debí marcharme hace rato, cruzar la avenida con los ojos cerrados y avanzar con la esperanza de que el chirrido de unos neumáticos sobre el asfalto caliente me colocara en el sitio que me corresponde, pero me falta determinación. Aunque ya nada me importa, porque ahí mismo, justo delante, estás tú, joven, hermosa y sonriente, metida hasta las rodillas en el río, tendiéndome la mano y pronunciando dulcemente mi nombre.